

**El Dr.**

**Juan Crisóstomo Lafinur**

**ALFREDO ARANCIBIA RODRIGUEZ**

**(Año 1924)**

## El Dr. Juan Crisóstomo Lafinur

\*\*\*\*\*

En escasas palabras puede compendiarse la breve y afanosa vida de este ilustre hijo de San Luis, vida que se ha comparado, -exactamente,- a la curva sinuosa y fugaz que traza el fuego de un relámpago.

Nació el Dr. Lafinur, en Carolina, el 27 de Enero de 1797, y después de aprender las primeras letras en la mísera escuela del villorrio, pasó a Córdoba, donde cursó teología en la Universidad, cuyas aulas abandonó para alistarse voluntario en el ejército de Belgrano.

La obligada inacción a que estaban sometidas las fuerzas auxiliares del Perú, no se avenía con el temperamento, inquieto y azás romántico, del improvisado oficial de infantería, y en 1817, solicita y obtiene su retiro.

Se radicó en Buenos Aires, y continuó sus interrumpidas lecturas de los clásicos, vigorizando al par, sus conocimientos en humanidades.

La fundación del “Colegio de la Unión”-le permitió demostrar sus aptitudes de estudioso. Pueyrredón, dispuso abrir un concurso público de profesores para proveer la cátedra de filosofía, y habiéndose examinado varios aspirantes, la cátedra le fue adjudicada al Dr. Lafinur, en 1819.

El Colegio de la Unión, constituía en esa época el centro cultural más destacado del país; no obstante, poco camino habían hecho en él las ideas modernas, especialmente en lo relativo a las ciencias filosóficas y políticas. El plan de estudio y los programas, dice Groussac,-apenas se apartaban del *currículum* escolástico; latinidad, historia antigua, filosofía, retórica y matemáticas elementales, con su barniz de física sin aparatos.

El ingreso del Dr. Lafinur en la institución, dio un vuelco a la rutinaria enseñanza, pues el joven profesor “esparcía por todo el claustro un ideologismo a lo Condillac y Tracy que causaba no poco escándalo en las almas timoratas”.

La renovación aunque tímida y solo comenzada-alarmó al elemento clerical, y no tardó en producirse la renuncia del maestro y su salida del país.

Previa una temporada en Mendoza, -donde hiciera con igual negativo resultado una activa propaganda liberal en la escuela y los periódicos, -llegó a Chile en procura de ambiente más propicio. Allí se doctoró en cánones y leyes; Enero de 1823.

Abrió estudio de abogado, y cuando todo sonreía al proscrito de la tradicional intolerancia argentina, cuando parecía que el grande espíritu del pensador y del poeta iba a tener la tranquilidad indispensable para cuajar los mejores frutos, un accidente pueril, la caída del caballo que montaba,-puso fin a esa existencia promisoriosa y nobilísima, el día 13 de Agosto de 1824.

## II

A cien años de aquella época, ha de costar, quizá, algún esfuerzo, imaginar cuanta innata vocación y cuanta voluntad sería menester para

abstraerse en el estudio y la meditación, haciendo caso omiso de la indiferencia y crasa ignorancia reinantes.

Eran, además, tiempos propicios para dejarse seducir por la gloria militar, que no exige sino el sacrificio *material* del individuo, sacrificio que ahorra por lo pasional y brusco la indescriptible y dolorosa agonía que ocasiona ese otro heroísmo reservado a los espíritus selectos, a los que sirven a la república agotando cerebro y corazón en la batalla sin clarines del mejoramiento colectivo.

¡*Que rara avis in terris* resultaría entonces ese pensador imbuido del empirismo de Locke y de Berkeley, que a los 22 años de edad daba al traste con los métodos de enseñanza de la filosofía en las propias aulas donde funcionara el hermético colegio de San Carlos!

Porqué ahí,-en la saludable y valiente transformación de valores culturales debida a su precoz iniciación científica,-radica lo mejor y más fecundo de su obra civilizadora. No importa que se le acuse de solo haber leído de prisa algunos textos corrientes de la materia que fue llamado a dictar; echó los cimientos de la orientación que afirmaron, más tarde, Diego Alcorta y sus restantes discípulos.

Antes de Lafinur,-expresa el Dr. J. M. Gutiérrez,-los profesores de filosofía vestían sotana; él, con traje de simple particular y de hombre de mundo secularizó el aula primero, enseguida los fundamentos de la enseñanza, y sus lecciones, fueron el punto de transición entre el escolasticismo y las doctrinas modernas.

Bien caro pagó el prócer, el delito de ser innovador; por consiguiente, hay equidad de compensarle con un discreto reconocimiento póstumo.

Guardadas las distancias,-la persecución y expatriación de Lafinur, induce a pensar en la desventura análoga de Jordano Bruno y de Campanella; aquel, peregrinando por toda Europa para morir en la hoguera por atreverse a pensar que si había un Dios, el único mundo digno de ese Dios sería un mundo infinito; y éste otro, encerrado en una cárcel, y acusado de rebelión y de herejía por haber dicho que hay manchas en el sol, la luna y las estrellas, contra el parecer de Aristóteles, que supone el mundo eterno e incorruptible...

Otro punto de contacto aparece entre aquellos precursores Spinoza y de Leibnitz, y el modesto precursor del liberalismo filosófico argentino, y voy a enunciarlo porque sirve de justificada excusa a la imperfección y flojedad de las doctrinas divulgadas por Lafinur. Me refiero a que, tanto la filosofía de Bruno como la de Campanella, adolecen de *vaguedad*; son, según lo establece Alfredo Fouillée, una confusa mezcla de tendencias de la Edad Media y tendencias modernas. Lo propio ocurre en el joven catedrático del Colegio de la Unión. Los fragmentos de su "Curso Filosófico" lo muestran divagador y a veces confuso, haciendo metafísica y materialismo, a un mismo tiempo, para explicar el origen de las ideas y la inmortalidad del alma por las promesas de la revelación.

No es que el catedrático "contemporizara", de intento, con la intolerancia del ambiente, es,-sencillamente,-que la vaguedad, y mezcla de las ideas viejas con las nuevas, constituyen la característica infaltable en todas las transiciones, lo mismo en filosofía que en política o cualesquiera otra ciencia. Y el Dr. Lafinur no tenía porqué escapar a esa ineludible falla de la intelectualidad humana.

Los enemigos de la escuela “sensualista”,-escribe Juan W. Gez, el erudito biógrafo del Dr. Lafinur,-dieron a este término, con toda malicia, el significado de epicurista, materialista, y licencioso, cosas tan contrarias a su espíritu como a la conducta del virtuoso abate Condillac.

“Lafinur, que seguía con prudencia y sentido propio esta escuela, no obstante inclinarse a menudo al espiritualismo, fue injustamente combatido por el clero, quien fulminaba su enseñanza sin comprenderla. Uno de esos paladines le salió al encuentro, el fraile franciscano Castañeda, carácter original e interesante.

“Lafinur fue tratado del peor modo y acusado de corromper a la juventud con sus ideas materialistas. El profesor se vindicó de tan inmerecidos cargos, y en su defensa salieron sus discípulos, el sabio y virtuoso médico doctor Argerich y Juan Cruz Varela.-

“A fines de 1821, Lafinur renunció su cátedra y se alejó a Mendoza, en busca de un poco de reposo para su espíritu y su trabajada naturaleza, algo resentida por el excesivo estudio y la ingrata lucha que había tenido que sostener contra las intrigas de los representantes del oscurantismo y la acción disolvente de la demagogia ensorbecida. En Mendoza lo había padecido la fama de sus múltiples talentos y su llegada fue motivo para que se reunieran en torno de su persona los elementos más representativos de aquella sociedad. Fue entonces invitado a reanudar su misión educativa, decidiéndose a compartir con Don Lorenzo Guiraldes las tareas de dirigir el Colegio de la Santísima Trinidad, encargándose de las cátedras de filosofía literatura, música y francés. En su cátedra de filosofía, se propuso desarrollar el hermoso programa que siguió en el Colegio de Buenos Aires, despertando mucho enteres sus avanzadas ideas su elocuencia y sus convicciones. Luego la población se dividió en dos bandos, *liberales y oscurantistas o pelucones*, predominando éstos en el Cabildo que vigilaba la educación, atrayéndose el odio de que todos los elementos retardatarios. Ya hemos dicho que Lafinur no atacaba ningún dogma religioso; pero su reforma de la enseñanza de la filosofía la creían funesta, para sus creencias, los fanáticos que la combatían sin oírlo y sin comprenderlos”.

Penosa y llena de incidentes desalentadores, fue la actuación del Dr. Lafinur en Mendoza. Quien desee conocer, con detalles, cuenta energía se malgastó allí para inculcar la buena doctrina, consulte el libro justiciero del historiador Gez, cuyos son los párrafos transcritos.

Convencido de la inutilidad de su apostolado, en pueblo tan mimado por sus adversidades,-debió Lafinur alejarse con “el alma amargada por infinitas decepciones, abandonando la patria de sus amores y de sus sueños, a la que había dedicado sus entusiasmos juveniles y los frutos de su mentalidad privilegiada.

Ocupándose del mismo asunto,-el Dr. José Ingenieros, en su “Evolución de las ideas argentinas”- señala a Lafinur como un “temperamento exquisito y carácter ardoroso, que había dado muestras de indisciplina y de galantería en la Universidad de Córdoba, por la misma época que Juan Cruz Varela de donde salieron ambos *bastante herejes...*

Desde que ocupó su cátedra en Buenos Aires, agrega Ingenieros,-mostró su adversión a la escolástica colonial. Sus clases fueron sobremanera inquietantes, acaloradas por su elocuencia de poeta joven;

sus opiniones sensacionalistas sobre *el origen de las ideas* motivaron controversias y produjeron algún escándalo entre los que ignoraban los estudios, florecientes en Europa, que intentaba explicar la actividad mental en relación con las funciones cerebrales, según la escuela de Cabanis.

“En lo poco que de él nos ha llegado, muestra Lafinur más entusiasmo que precisión al exponer las doctrinas de los ideólogos. Estos lo mismo que los psicólogos enciclopedistas, se apartaban de Descartes en el punto mismo en que él era corregido por Condillac; si el cartecianismo se mantenía en lo relativo al método, no quedaba en pié su doctrina del alma. El método se refería a las ciencias; las doctrinas del alma eran el eje mismo de la filosofía, en cuyo terreno los ideólogos no podían aceptar a Condillac sin renunciar a Descartes. Cuestión fundamental es esta, Lafinur no la comprendió explícitamente; su Curso de Ideología, aunque inspirado por Tracy-cuyo tratado parece construir su principal, si no su única, lectura-no alcanzó la precisión y el espíritu netamente ideologista que pronto le infundiría Fernández de Agüero.”

Alude, a continuación, a la estada de Lafinur en Mendoza, y termina diciendo: “En Chile los sacerdotes panfletarios le llamaron “*Apóstol del Diablo*” y aún después de muerto mancillaron su nombre, haciendo circular por sus pasquines una pretendida “retractación” que sus amigos denunciaron como apócrifa, sin que los autores del delito intentaran siquiera probar su legitimidad.-*Había vivido intensamente su8s veintisiete años, resobrándose de ilustración, de fantasías y de luchas. Cosechando las amargas que todo innovador provoca y acepta.*

Superabundando, acerca del carácter en las enseñanzas del Dr. Lafinur, cuadra recordar la célebre polémica que sostuvo con el Dr. Villegas, “veterano de las aulas cordobesas y último profesor de filosofía en el San Carlos”-la que tuvo lugar el 20 de Setiembre de 1819, y que, al decir pintoresco de Groussac, siendo una discusión sobre *el origen de las ideas, casi fue origen de los hechos.*

Villegas era un escolástico que algo había remozado sus ideas leyendo a Royer Collard, Reid y Laromiguière, que se apartaban del movimiento ideologista. Estaría entregado a esas lecturas,-comenta Ingenieros,-cuando Lafinur alborotó el colegio, y la ocasión le pareció excelente para atacar al sensacionismo en la persona del joven catedrático; contra su “doctrina de las ideas”-que era un modesto trasunto de Condillac filtrado por Tracy,-repitió Villegas los argumentos espiritualistas del naciente eclecticismo, con lo que vino a reproducirse en pequeño en Buenos Aires, la disputa entre las dos escuelas, que arciaba ya en París.

Respondióle Lafinur, y esto dio ocasión a que el Dr. Cosme Argerich empleara su autoridad y sabiduría, para salir en defensa de aquel, aunque reprochándole ciertos puntos de vista, que motivaron aclaraciones de Lafinur, en “El Americano”, reproduciendo lo expuesto en la sesión pública.

La cuestión se puso,-escribe Lafinur,-bajo el mismo punto de vista que nos la pone el señor Argerich, en el argumento del Dr. Villegas; el *origen de las ideas*. Dije, que si la filosofía no puede demostrar *a priori*, la existencia de una alma inmaterial, no podemos usar de mejor argumento,

para comprobarla, que sostener, que la materia no puede producir la inteligencia: creemos que acertando a demostrar este aserto, habremos dado al fenómeno esa perfección que le echa de menos, al menos en la única manera que es permitida a un filósofo.

La inmortalidad del alma, tratada por todos los filósofos, no puede demostrarse de mejor modo, que haciéndola partir de la existencia de un Dios, de sus atributos, de la libertad del hombre y de la necesidad de una justicia distributiva; así la hemos tocado, al menos ella está envuelta en nuestros acentos. Sobre la sensibilidad, dijimos al Dr. Villegas, que puesto que habíamos asegurado que no podía ella ser la obra de la materia, era para nosotros el resultado de la presencia de un ser inmortal en un cuerpo organizado, que no pudiendo de modo alguno considerar a este ser independiente de un medio, partimos nosotros para explicar los fenómenos del hombre moral, de la *sensibilidad*. -Añadimos, en prueba de la existencia de este ser inmaterial, que la *sensibilidad exterior*, no podía extenderse, por un principio aislado de afectabilidad o de relación con la naturaleza, pero que la percepción y la inteligencia es para nosotros un fenómeno que será independiente de la inercia y de sus leyes.”

Se percibe, no sin trabajar,-en las frases truncas del profesor, el “sensualismo” del abate Condillac. Ese “ser inmaterial” que da origen a la sensibilidad actuando en un cuerpo organizado, es el alma inmaterial, o como dice Condillac, “el sujeto pensante” actuando “frente el mundo exterior”.

Muy lejos estaba, pues, el Dr. Lafinur, de negar la existencia del alma, como afirmaron sus detractores. Su doctrina, -la de sus maestros, - admitía el *dualismo carteciano* de las dos *sustancias*, y presupone un mundo objetivo realmente existente, al mismo tiempo que un ser pensante (*alma*) que elabore dentro de sí las impresiones (*sensaciones*) de éste mundo.

Guiado por las tales ideas, es que el Dr. Lafinur decía; “*la materia no puede ser producir la inteligencia*”. Y de ahí deducía, -con razón,-que mal se tenía por sospechoso, en nuestro país, un sistema que posa sobre esa base.

Las doctrinas del joven profesor, que sus contemporáneos tuvieron por corruptoras y avanzadas, hoy habrían sonreír por lo ingenuas; pero cada cosa en su lugar, ellas hacen honor al ciudadano que supo profesarlas e inculcarlas con tanta sinceridad, valentía y entusiasmo. El, -ciertamente,- no tiene la culpa de que en 1819, nada ni mas novedoso, existiera en achaques filosófico.

Por otra parte, -bueno será recordarlo, -la renovación operada en la enseñanza de la psicología, tenía sus concomitancias con la renovación que agitaba a la naciente nacionalidad argentina en lo político y social. Los iniciadores de aquella enseñanza, -ratifica Ingenieros, -fueron lógicos con las ideas, de la revolución, al propiciar desde la cátedra las doctrinas *ideologistas*, pues ellas representaban, en lo filosófico, la continuación de los principios que en política y en economía profesaron los enciclopedistas y fisiócratas. Si Moreno y Belgrano habían auspiciado a Rousseau y Quesnay, para hacer la siembra de 1810, Lafinur, Agüero y

Alcorta fueron consecuentes con ellos introduciendo a Destutt de Tracy y Cabanis desde la cátedra de filosofía.

### III

Lafinur poseía un genio múltiple; y a no dudarlo, una actividad física y mental a toda prueba. Además de profesor, era periodista militante, músico, poeta, y hombre dado a frecuentar los aristocráticos salones de las capitales donde residía. Añádanse los trabajos inherentes a su profesión de abogado y se tendrá una somera idea de lo que sería capaz de realizar.

Recuerda Gez, que Lafinur era un excelente pianista, como aficionado, y sabía poco menos que de memoria, todo lo que Haydn, Mozart y Dasek habían escrito para piano. Que cuando se sentaba al piano, era inútil llamarle la atención a otra cosa, era sordo y mudo y se le hubiera tenido por una estatua sin los movimientos de la cabeza y la espalda que manifestaban sus impresiones.

Esa pasión por la música, hace verosímil la traducción recogida por Gutiérrez, sobre que, estando el Dr. Lafinur próximo a expirar, pidió que viniera una orquesta y que estuviera ejecutando trozos de su repertorio predilecto, para poder él morir entre sus acordes.

Con mucho menos apasionamiento, se dedicó en sus momentos de descanso a la poesía. Debió ser un poeta "ocasional", como lo fueron también Mitre y Avellaneda. En lo íntimo de todo pensador, hay siempre un poeta. Pero el puntano es, como poeta, superior a aquellos.

Los versos del Dr. Lafinur, ocupan sesenta nutridas páginas en la "Antología" de Puig. En general, ellos son largos y abrumadores: verbi gratia, "La obligación y el amor"-carta versificada escrita a un amigo;"Las flores"-oda leída en la asociación de jóvenes formada en 1821; "Ella en el baño"

Predominan los cantos e himnos patrióticos, lo que se explica dada la época en que fueron escritos. "A la gloriosa jornada de Maipo" y "A la libertad de Lima"- son dos composiciones donde el exaltado patriotismo del joven oficial del ejército de Belgrano, admira y proclama la gloria de San Martín, en estrofas elegantes y descriptivas que tienen un dejo griego, cosa no extraña puesto que Lafinur era amante de los clásicos. Aludiendo en la primera, al desastre de Cancha-rayada, y a la desesperación consiguiente de los patriotas, dice:

“Alzanse al cielo votos a militares;  
La madre llora, el viejo se acobarda,  
El joven se resuelve, el pueblo aguarda.  
Pero el varón, que hacerse victorioso  
De los contrastes aprendió en la cuna,  
Y a apreciar el laurel sin arrogancia,  
Manda, provee, asegura, y su constancia  
Reúne los dispersos con fortuna;  
En difíciles lances animoso  
Su aliento poderoso,

Por doquier se derrama, a todo alcanza.  
Desagravio, furor, cruel venganza,  
Respiran sus legiones. El intento  
No consiente una pausa al movimiento:  
A Maipo las conduce, no se tarda,  
Que el triunfo con mil palmas las aguarda!

Ese trozo épico es de una belleza evidente. Sin otro propósito que el de destacar la filiación helénica del númen de Lafinur, voy a transcribir, al lado de otro verso suyo, una estrofa de "La Iliada". Acaso la similitud sea un error de nuestra parte, pero júzguese, no obstante, con los modelos a la vista:

(Iliada, LIBRO IV)

Cuando las escuadras a encontrarse  
en su marcha vinieron, los escudos  
se entrechocaron, y en el aire alzadas  
se cruzaron las picas, y el aliento  
se mezclaba también de los armados.  
Y al poner los cóncavos broqueles  
el uno al otro, inmensa vocería  
se alzó en el campo; y juntos resonaban  
del matadores insolente grito  
y el triste lamentar del moribundo;  
y de sangre la tierra fue inmundada.

.....

(ODA, A MAIPO)

.....  
Estréchanse, acometen sin traza,  
las espadas se encuentran, se equilibra  
de la homicida acción el golpe airado;

.....

De combatientes mil la tierra llena  
parados los guerreros a la muerte,  
ella llega temblando, y se coloca;  
ejecuta la seña, el bronce truena,  
empieza la matanza, y no se advierte  
a cual el plomo mata, el filo toca.  
Más, y más se provoca  
la lid sangrienta, que el coraje inflama,  
la sangre por torrentes derrama,  
y en el nublado que hasta el abismo insulta,  
confúndese en el humo, en la ceniza,  
el que acaban, el que expira, el que agoniza!

No es, ciertamente, un mediocre quién fue capaz de describir con tanto donaire e inspiración el horror de ese combate; ni quien evoca la



grandeza futura de su país con la clarividente certidumbre que campea en la “Oda a Lima”.

¡Cuanta mudanza! Que universo nuevo  
llena mi fantasía! Arrebatado  
a una nación completo hermosa y grande  
que rol de las antiguas se coloca;

.....

Cuanta gente repasa infatigosa  
la inhabilitada tierra! Cual resuenan  
los hondos valles que antes silenciosa  
la augusta Céres visitar solía!  
La industria es exaltada; al alto solio  
presentes son sus nobles pensamientos;  
se producen el hombre  
bajo un clima feliz; sus sentimientos  
la dulce religión, las sabias leyes  
reglar supieron elevando el alma;

.....

¡Cuantos Régulos!-Ah! cuantos Solones  
ilustre van creciendo!  
Y al par de los Ulises, cual asoman  
Los Homeros divinos!.

.....

Lo que más ha trascendido el público-de las poesías del Dr. Lafinur,-  
es su “Canto Elegiaco” a la muerte de Belgrano, y casi no se hallará  
persona que no recite, de memoria, aquello de:

¿Porqué tiembla el sepulcro, y desquiciadas  
sus sempiternas lozas de repente,  
al pálido brillar de las antorchas  
los sujetos y la tierra se conmueven?

.....

Murió Belgrano, ¡oh Dios!-¡así sucede  
La tumba al carro, el ay doliente al viva,  
La pálida azucena a los laureles!

.....

En otros géneros poéticos, también se revela Lafinur como una  
promesa, malograda por su temprana muerte. Tenía condiciones de lírico,  
y su romántica contextura moral hubiera acabado por hacer de él un gran  
poeta lírico o cuando menos un poeta muy arriba de Echeverría, Mármol,  
y otros, que la clemencia o la vanidad criolla pondera más allá de lo justo.

Aquí está,-para muestra,-el soneto, “A una rosa”:

Señora de la selva, augusta rosa  
orgullo de Setiembre, honor del prado;  
que no te despedace el cierzo osado,  
ni marchite la helada rigurosa.  
Goza más: a las manos de mi hermosa  
pasa tu trono; y luego el agradecimiento  
cabello adorna, y el color rosado  
al ver su rostro aumenta vergonzosa.

Recógeme éstas lágrimas que lloro  
en tu nevado seno, y si te toca  
a los labios llegar de la que adoro,

también mi llanto hacia su dulce boca  
correrá; probarálo, y dirá luego:  
esta rosa está abierta a puro fuego.

#### IV

No es posible abrir juicio acerca del mérito de los hombres apreciando aisladamente sus obras o sus actitudes. Precisa analizar en conjunto aquellas y éstas, relacionándolas con el pasado, y el medio ambiente que las influenció.

Con referencia al Dr. Lafinur, hay quienes le restan todo mérito porque sus poesías no les satisfacen, o bien, porque no habiendo *inventado* sistema filosófico alguno “no fue *un* filósofo”- y los de mas allá, porque oyeron contar que era un lunático” incapaz de cruzar un puente sin marearse y de salir de una visita sin olvidarse el sombrero...

Hemos dicho ya,-con la premura que exige esta sintética exposición- que el Dr. Lafinur tenía pasta de gran poeta; que sus versos son hermosos, y trasuntan una sólida ilustración clásica, hasta el punto de que su *estilo* de versificador *descriptivo* y *elocuente* retrotrae la imaginación a las bronceadas estrofas homéricas.

El concepto de lo que es un *filósofo* varía de individuo a individuo, y si por tal se entienden a los que idearon,-con mayor o menor dosis de originalidad,-determinado “sistema filosófico”, es claro que el Dr. Lafinur no fue filósofo. Pero,-arguyo,-tampoco lo fueron Voltaire, Diderot, D’Holbach, Rousseau, etc.-y no obstante, revolucionaron los cerebros de su época, apercibiéndoles para la comprensión de una nueva filosofía social.

Ninguno de esos filósofos iba a sernos útil, a nosotros los argentinos, ni sus enseñanzas iban a arraigarse aquí, si alguien no divulgaba desde las cátedras universitarias, las doctrinas que les sirvieron de base.

La revolución de Mayo, asentó sus dogmas en las ideas de libertad y de igualdad profesadas por los enciclopedistas y estos se inspiraron, a su vez, en las ideas de los filósofos empiristas e ideologistas que reaccionaron contra el escolasticismo de la Edad Media cristalizado todavía en una filosofía teológica. No cabía pretender dar vida a una “nueva y gloriosa nación” sustentándola,- en lo filosófico,-con rancias

*revelaciones* excluyentes de toda *experimentación*; se imponía una completa y total separación, de método y de contenido filosófico, de modo que nuestra ideología política reposara en cimientos científicos.

Lo que se realizara en el viejo continente, mucho tiempo atrás debía operarse en el país; el deslinde de los campos de la ciencia y de la fe. Dejar para la fe,-como lo establece Wundt,-la absoluta confianza que no vacila ante lo inconcebible de las doctrinas reveladas, sino que por el contrario ve en ese carácter una confirmación de su verdad; y para la ciencia, una duda prudente, que solo acepta como cierto lo que está demostrado por la experiencia y comprobado por la crítica.

El Dr. Lafinur, al profesar y propagar las enseñanzas de Locke y Condillac, trajo a nuestro país la semilla del liberalismo filosófico que fructificaría en liberalismo económico y político, en pocos años y merced a la acción ejecutiva de Moreno, San Martín y Rivadavia.

Ningún filósofo,-dice Fouillée,-ejerció mayor influencia que Locke en el siglo XVIII. En metafísica, su "Ensayo sobre el entendimiento humano" inspiró a Condillac; en religión, su Tratado de el cristianismo" y sus "Cartas sobre la tolerancia"-fueron el evangelio de los libres pensadores; en pedagogía, su libro sobre la "Educación de los niños" sirvió de precedente al "Emilio"; y en cuanto a su "Ensayo sobre el gobierno civil"-inspiró a Montesquieu y a Rousseau. Su empirismo, patria de la base de que no podemos conocer la esencia de las cosas, sino solamente los fenómenos; el límite de nuestro conocimiento es el de la experiencia.

Nada implica que Lafinur conociera a Locke de segunda mano, por intermedio de Condillac y Tracy: tampoco Mariano Moreno conoció, directamente, a las ideologías, y no obstante sus "Escritos" están impregnados de su esencia espiritual, toda vez que palpita en ellos el genio ardiente y transformador de Montesquieu y de Rousseau.

Fue, pues, una misión de considerable importancia, para el afianzamiento de nuestra nacionalidad, la que le cupo realizar a Lafinur, y si a eso se agrega que la cumplió teniendo que aguantar las persecuciones y diatribas de sus adversarios, la hostilidad natural de un ambiente cerrado a cuanto alterase la dulce paz de conventos, ya hasta el desden colectivo por las ciencias y las letras propio de los tiempos heroicos que corrían,-no se podrá negar el mérito de ese hombre, talentoso y precoz, que lo mismo que aquel enorme enciclopedista que se llamó Diderot, se levantaba por las mañanas con la esperanza de que los malos se habrían enmendado por la noche, y ya no hubiera fanáticos...

**\*\*\* FIN \*\*\***

